

AGENDA CIUDADANA

ESCÁNDALO

Lorenzo Meyer

Un Concepto con Varias definiciones.- Entre las acepciones de la palabra escándalo está, desde luego, la que le define como una ofensa a las creencias religiosas de otros. Sin embargo, el término es rico en significados, y otro de ellos se refiere a la indignación que produce la ofensa al sentido mismo de lo que es lo que se considera moralmente apropiado, con independencia del factor religioso. Y resulta que en México hay varios buenos motivos de escándalo de este último tipo.

En las últimas semanas, la atención de los medios de difusión se ha enfocado hasta llegar al exceso, en el debate en torno la exhibición o no de un film basado en una novela portuguesa del siglo XIX y que se centra en varias de las debilidades de un joven sacerdote católico. Sin pretender entrar en esa polémica que mucho tiene de absurda, considero que lo verdaderamente escandaloso en el México de nuestros días está fuera de las pantallas, en la vida real. Las cifras que acaban de publicarse sobre la pobreza en México y la desigualdad, deberían movernos a la reflexión y a la acción sobre la naturaleza de nuestro proyecto nacional, pues los datos son una muestra de la incapacidad histórica para hacer de la justicia sustantiva la parte central de la función y de la razón de ser de las instituciones públicas mexicanas.

Pero hay algo más, una obra que acaba de publicarse: un libro de fotografías que se ofrece como una ventana para que propios y extraños puedan asomarse a algunos aspectos de la forma de vida que mantiene la pequeña

minoría de mexicanos afortunados que no tienen que luchar contra la pobreza sino que viven en islas de abundancia obscena. Y este es otro indicador del enorme abismo que sigue separando a las clases sociales de nuestro país y que mantiene sin respuesta la interrogante histórica: ¿y México para qué? ¿qué sentido y futuro tenemos como comunidad nacional?

De la combinación de las últimas cifras publicadas sobre la pobreza en México –53.7 millones de mexicanos son clasificados por instituciones oficiales como pobres-- y la obra fotográfica de Daniela Rossell (Ricas y famosas, México: Océano, 2002), surge una razón muy fuerte, objetiva, para un escándalo auténtico en relación a la desigualdad social en México. Y, sin embargo, es posible que la distorsión de nuestra conciencia colectiva impida a algunos darse cuenta de la diferencia entre un escándalo epidérmico –el del film que molesta a una parte de la iglesia católica-- y otro real que concierne a la razón de ser del proyecto nacional.

Las Cifras de la Pobreza.- Justo al iniciarse la segunda parte del siglo XX mexicano, Nacional Financiera publicó un estudio de José Iturriaga que buscaba mostrar --y demostrar--, el enorme avance que en materia de equidad o justicia social había logrado el régimen de la Revolución Mexicana. El libro Estructura económica y social de México, (México: FCE, 1951), sostenía que ese régimen había abierto la “capilaridad social” que la oligarquía del Porfiriato había cerrado, y que ese sólo hecho más que justificaba al movimiento iniciado en 1910 y a las instituciones que habían surgido de él. De acuerdo con los cálculos de Iturriaga, si bien era cierto que el llamado estrato de “clases altas” había permanecido casi inalterable de 1895 a 1940 (paso del 1.44% al 1.05% de la población), ese no había

sido el caso del de las clases medias, que casi se habían duplicado al pasar del 7.78% al 15.87% del total. En esas condiciones, el México “popular” –los pobres--, lógicamente, había comenzado a disminuir, al menos en términos relativos, pues pasaron de ser el 90.78% de la población a únicamente el 83.08%, (pp.26-35). Desde esta óptica optimista y oficial de 1951, si en el futuro se mantenía esa dinámica que había logrado duplicar a la clase media combinando el crecimiento de la última parte del Porfiriato y los primeros años productivos de la Revolución (se supone que entre 1910 y 1933 se había mantenido estancado en su crecimiento económico como consecuencia de la larga guerra civil, el aislamiento internacional y la Gran Depresión Mundial), era seguro que para el fin del siglo XX México habría dejado de ser una nación de pobres. Desafortunadamente la historia fue muy otra.

Todo indica que, efectivamente, a partir de la II Guerra la pobreza se siguió batiendo en una lenta retirada en el suelo mexicano, sobre todo durante el período que se conoce como el “desarrollo estabilizador” –fines de los cincuenta del siglo pasado hasta 1973— y durante los gobiernos neopopulistas de Luis Echeverría y José López Portillo. Sin embargo, a partir de la crisis del modelo de sustitución de importaciones y la introducción del neoliberal –dominio de la lógica del mercado sobre cualquier otra-- en 1982, el proceso anterior se revirtió, y la pobreza volvió a ocupar una buena parte del terreno que históricamente había sido suyo.

Conciente del profundo significado que para la legitimidad política del régimen tenía la reversión de las tendencias en la lucha contra la pobreza, Carlos Salinas diseñó el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol). El objetivo era

invertir parte de los recursos obtenidos por la privatización de activos gubernamentales (Teléfonos de México y todo lo demás) en mejoras inmediatas de las condiciones de vida de los pobres, pero dejando que la economía de mercado hiciera el grueso de la tarea, proveyendo empleos bien remunerados en cantidades adecuadas a la ola de jóvenes que ingresaban anualmente al mercado de trabajo. Sin embargo, lo esperado no ocurrió; la economía no respondió y sólo la migración y el empleo informal evitaron --¿pospusieron?-- una catástrofe social mayor.

De acuerdo con el cálculo inicial de un grupo de expertos organizado por el gobierno de Salinas, en el México de 1981 había 13.7 millones de mexicanos en la pobreza extrema y 18.4 millones eran simplemente pobres. Sin embargo para 1987 ambas cifras habían subido a 17.3 y 24.0 millones respectivamente, es decir que en un país de alrededor de 80 millones de habitantes, el 30% de su población era pobre (Consejo Consultivo del Programa Nacional de Solidaridad, El combate a la pobreza, México: El Nacional, 1990, p. 20). Para revertir la tendencia, Pronasol empezó a operar con un presupuesto de 680 millones de dólares, dos años más tarde, en 1991, casi lo había triplicado y finalmente llegaría a superar la marca de los dos mil millones de dólares anuales. Sin embargo, en el gobierno siguiente, el de Ernesto Zedillo, los datos oficiales revelaron que a pesar de Pronasol el número de pobres no había disminuido sino aumentado. En efecto, un estudio reciente elaborado por Miguel Székely en la Secretaría de Desarrollo Social, sostiene que al concluir 1994, había en México 46.5 millones de pobres, es decir, el 55.6% de la población. Y que en 1996, tras la crisis económica provocada por “el error de diciembre”, la proporción llegó al 69.6% (Reforma, 15 de agosto).

En el 2001 se estableció un grupo de siete académicos que trabajó durante diez meses con los datos más recientes del INEGI y finalmente llegó a lo que hoy es la cifra oficial de pobres. En principio, la cifra que se consideró fue la de 65.%, pero al final se optó por incluir sólo un tipo de indicadores que arrojaron los ya publicados 53.7 millones en una población de cien millones de habitantes y que es la realidad oficial en el México de hoy. Desde luego que el analista más radical sobre el fenómeno, Julio Boltvinik, asegura tener argumentos para sostener que los pobres en México son en realidad 73 y no 53 millones.

El gobierno de Zedillo tocó a su fin en el 2000, y junto con él se acabó también el régimen que había surgido de la Revolución Mexicana. Si se parte de las bases propuestas por Iturriaga, entonces resulta que en más de un siglo, en ciento diez años exactamente, y en el mejor de los casos, el México pobre apenas ha disminuido en un 37%. De seguir las cosas como hasta ahora, sólo cuando entremos al siglo XXII las cuatro quintas partes de los mexicanos habrán dejado de ser pobres ¿Se irán a esperar tanto los afectados?

¿Ricas y Famosas? o ¿Ricas e Irrelevantes?.- El analista de la realidad social mexicana no puede menos que dar la bienvenida al libro de Daniela Rossell, de la misma manera que el oncólogo debe reconocer la utilidad de una buena imagen del cáncer, aunque le repugne. En efecto, la forma en que la artista retrata el mundo de las mujeres de las familias de los ricos mexicanos, le ahorra al estudioso de lo social el trabajo de describir esa especie de isla de la fantasía, de lo brutal e irresponsablemente excesivo, que forma el mundo de parte de la burguesía mexicana. La vida de esas mujeres ricas —que no famosas— de nuestro país, se desarrolla en una auténtica y moralmente inaceptable isla, cuyo problema

no es su exceso de dorados o sirvientes, sino el estar rodeada y alimentada por el mar de la pobreza histórica mexicana. Quizá la mejor descripción del libro de Rossell está contenida en el breve comentario de Barry Schwabsky al final de una obra que es pura imagen: Rossell, afirma Schwabsky, “[c]entra su mirada etnográfica... en su propia clase social: los oligarcas cuyo poder económico y político mantiene a los humildes en su sitio”. Se trata de una clase donde lo excesivo sólo es comparable a su falta de pudor y de conciencia sobre el mundo en y del que viven. Es claro que la burguesía mexicana no es una clase dirigente, sino parasitaria. Y que conste que las imágenes se refieren tanto a la burguesía empresarial como a la política.

Nuestra Clase Ociosa.- Fue en 1899 que el economista y sociólogo —esa combinación de disciplinas y vocaciones que ya no es frecuente— norteamericano Thorstein Veblen (1857-1929), consagró el concepto de “consumo conspicuo” en su Teoría de la clase ociosa (México, FCE, 1963). Tras examinar la evidencia histórica y la del capitalismo de su tiempo, Veblen apuntó: “Para ganar y conservar la estima de los hombres no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza o el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia” (p. 44) Por otro lado “La arcaica distinción teórica entre lo bajo y lo honorable en el modo de vida de un hombre conserva aún hoy mucha de su antigua fuerza...hay muy pocos miembros de la clase mas elevada que no tengan una repugnancia instintiva por las formas vulgares de trabajo” (p. 45).

Para Veblen, los miembros de las clases altas necesitan no sólo hacer gala de un consumo conspicuo para que el resto del mundo se de cuenta de su posición superior, lo necesitan para mantener la autoestima, para convencerse a

ellos mismos de que realmente valen lo que dice que valen. Y resulta, por lo que implica el libro de Rossell, que parte del consumo conspicuo de esos ricos y poderosos son sus mujeres –esposas o hijas--, a las que, desde luego, se les alienta no solo a abstenerse de trabajo servil --para eso está la siempre numerosa servidumbre domestica--, sino de cualquier forma de trabajo. Ellas son la parte más ociosa de la clase dominante o, de otra forma, el sector femenino de la gran burguesía pareciera estar empeñado en ser realmente el epítome de la verdadera clase ociosa.

En Suma.- México ya no está para falsos e hipócritas escándalos como los que han tenido lugar en estos días en torno a un film, a una obra de imaginación pura. El de hoy tendría, debería ser, el tiempo del escándalo por la inmoralidad de la realidad, por los proyectos nacionales torcidos o de plano traicionados, por una pobreza que avanza en medio de una falta insultante e inclusive peligrosa, de solidaridad social de las supuestas “clases dirigentes” con el resto de la nación.

Hay que corregir a Veblen: hoy, la riqueza mostrada en exceso hasta llegar al mal gusto e insensibilidad moral, como es el caso de estos ricos mexicanos, su ostensible desprecio por el trabajo y por quienes tienen que vivir de su trabajo, ya no les va a ganar la estima de quienes realmente le dan sentido a México –la mayoría— sino el rechazo a su ilegitimidad dentro del proyecto nacional.

Pie de página relacionado. Nadie niega que es un deber pagar impuestos, pero debemos protestar vehementemente contra la pretensión de pagarlos con formas del primer mundo -- únicamente mediante internet- con una infraestructura hacendaría de tercera que hace literalmente imposible el cumplimiento de la obligación.